

RETRATO EN CUATRO TIEMPOS

Sebastián García Díaz

I

Es evidente para todos los que nos reunimos en esta tarde solemne que, al ser designado por la Academia para contestar el discurso de ingreso de Florentino Pérez-Embido, no se ha buscado en mí ni autoridad histórica, que no poseo en absoluto, ni méritos de antigüedad, ni paralelismo profesional con el recipiendario. La nominación, por todos aquellos conceptos inmerecida, sólo se justifica en razón a la amistad. Larga, profunda, invariable amistad, que ciertamente ha decidido para investirme de la alta responsabilidad que significa ser portavoz de la Academia en ocasión tan señalada y difícil.

A lo largo de la vida somos amigos de muchas gentes: amistad de infancia y adolescencia, amistad de estudio, de profesión, de paisanaje, de vecindad, de ocios y deportes, de ideas políticas; en definitiva, de las circunstancias del hombre. Amistades que sólo exigen una superficial afinidad, buena educación y modos sociales, pero que rara vez resisten la prueba de la distancia, el dolor o el enfrentamiento. De tarde en tarde, a lo largo de la vida, algunos de aquellos amigos de coyuntura se nos meten en el hondón del alma, y en ella afincan de manera definitiva, creciendo a la intemperie de los años.

Hace ya muchos, julio de 1946, y en un artículo que se incluye en uno de los libros del nuevo académico, *Paisajes de la tierra y del alma*, éste se refería en el texto a «un viejo amigo, viejo a fuerza de amigo, y amigo... ¿a fuerza de qué?» Han pasado ya treinta y tres años desde el comienzo de aquella amistad, y hoy puedo decir que ha cuajado a fuerza de afinidad, de pasión, de desacuerdos llenos de respeto y cariño, a fuerza de golpes compartidos, a fuerza de profundas interrogantes trascendentales que fueron contestadas a la vida en dos voces distintas con una misma idea, a fuerza de una ósmosis no sólo de lo que el corazón calienta, sino de aquello que la mente crea o clarifica,

a fuerza de lealtad. Una amistad de esta jerarquía sirve para impregnar de sentido una relación de forma definitiva, y responde a aquel ideal de permanencia que dejó escrito Quevedo a propósito de un sentimiento paralelo:

*Serán cenizas, mas tendrán sentido.
Polvo seré, mas polvo enamorado.*

Desde esta plataforma, instalado en la amistad, no voy a exponer los méritos de Florentino Pérez-Embido, de todos conocidos, ni a contar con leve comentario sus obras escritas y publicadas, que se incluyen al final en relación aparte. Voy, con brevedad y por derecho, a hacer un recorrido por los hitos principales de su biografía, que justifican muy holgadamente su ingreso en esta Academia. Vamos a contemplar una trayectoria cíclica en su marcha, pues el acontecer cíclico es un hecho biológico y místico. Que la vida no progresa con una ascendente o descendente línea recta, sino por mesetas y valles.

Acabamos de oír el origen serrano del nuevo académico, y su muy temprana vinculación a Sevilla. Es éste un fenómeno que se repite casi con constancia de ley en la historia de nuestra tierra: forasteros insignes, personas que vieron la luz cerca o lejos de nuestra ciudad, tuvieron a lo largo de su obra una dedicación eficaz y lúcida en el cuidado y promoción de Sevilla, en épocas en que los propios sevillanos de nacimiento hacían poco por su ciudad. Y ahora mismo, en este último decenio, un gaditano vecino de Mutamid y del Rey don Pedro cuida, vigila, sufre, propone y adereza la cara de esta ciudad, de tan quebrado urbanismo; un sevillano de Las Palmas de Gran Canaria nos entrega la visión íntima, sentimental, erudita y estremecida de una Sevilla insólita; y otro sevillano de la sierra de Aracena ha promovido —con pasión inteligente—, en poco más de cinco años, la

restauración de lo que en Sevilla estaba abandonado por un largo conformismo, más fácil al lamento que a la acción.

Aquella Sevilla que había de ser definitivamente su tierra, la acogió con el encanto de metrópoli campera que todavía conservaba por los años cuarenta. Una ciudad que en su quehacer universitario estaba centrada en noble casa, bellamente evocada por un poeta sevillano:

Había en el viejo edificio de la Universidad, pasado el patio grande, otro más pequeño, tras de cuyos arcos, entre las adelfas y limoneros, susurraba una fuente. El loco bullicio del patio principal, sólo con subir unos escalones y atravesar una galería, se trocaba allá en silencio y quietud.

No había otro rumor sino el del agua en la fuente, leve y sostenido, al que se sobreponía a veces el trino fugitivo de un bando de golondrinas cruzando el cielo que encuadraban los aleros.

Años de descubrimientos y de formación, de recorrer lenta y amorosamente una ciudad que tenía en el alabeo de sus calles, en la paz de sus esquinas y en la calma de sus plazuelas el marco justo para la charla, el silencio o la pura contemplación. En definitiva, para el conocimiento del cuerpo de la ciudad y del alma de los amigos, elementos que habían de cristalizar en un amor brotado de aquello que se conoce y que es bello, armónico, verdadero, y llega a ser paisaje del alma; no olvidemos que «el paisaje es esa norma estética de equilibrio perfecto que envuelve al hombre como un ropón de paz y lejanía».

Sin hacer lamentaciones estériles, o nostalgias acusadoras, es evidente que volvemos a esa Sevilla cuando tratamos de asirnos a una estética clara, por dentro y por encima de una magnificencia actual en franca desproporción. En aquellos años, Florentino Pérez-Embíd configura una de sus principales dedicaciones: la de historiador, y concretamente historiador de América, al mismo tiempo que va dando salida a otra actividad a la que ha de permanecer fiel en adelante, como es la del periodismo de ensayo e interpretación. Sevilla, Aracena, La Rábida, tierras y ciudades desde las que pensar, formarse y escribir.

Meritoria tarea es permanecer fiel a esta condición de testigo y escritor. Aquella forma de escribir que significa el dejar constancia para uno mismo, o para un dilecto y mínimo auditorio, tiene su compensación en el propio gozo que produce mirar quieta y definitivamente plasmadas unas ideas o emociones fugaces. Pero el oficio de escritor docente para un público grande, para una masa de lectores de muy distinto nivel de asimilación, exige una claridad de pen-

samiento y un rigor en la expresión escrita que hace trabajo duro y generoso lo que comienza siendo espontáneo desahogo; hace meritorio y social lo que podría ser sólo estético. Si además tomamos en cuenta que las ideas de un hombre no tienen por qué ser monorrítmicamente idénticas a lo largo de todas las circunstancias biológicas y nacionales, podemos estimar con más justicia lo que tiene de valioso el testimonio de un pensamiento fiel a unos principios que permanecen, pero con capacidad de adaptación a unas circunstancias que cambian, lo cual vale tanto como seguir siendo veraz a huidas del anacronismo.

La plataforma sólida y fecunda de su formación universitaria, muy pronto cristaliza en una ambiciosa inquietud que le arrastra a la áspera lucha en el Madrid de los años cincuenta. Son los tiempos de su doble oposición a cátedras, de la promoción y puesta a punto de la revista y grupo «Arbor», de las primeras andaduras en un quehacer universitario y político que había de marcarle de modo permanente, ya que ambas actividades son de las que dejan para siempre enrolado a un hombre.

El oficio universitario exige —si es bien ejercido— un constante juego de interrogación y respuesta; muchas veces respuesta llena de perplejidad ante horizontes o abismos que promueven las mentes juveniles que nos rodean y nos inquietan. El oficio universitario, amarrado a la servidumbre intelectual, obliga a no dar ningún concepto por concluso, ninguna técnica por perfecta; sólo la ética rotunda, y la ética como lujo, cuando se ha conseguido sustancia. Ninguna actividad humana hay que entrañe tal exigencia de continua elaboración. Muchos hombres y muchas instituciones tienen dispuestos, incluso llevan en su programa, cambios periódicos de estructura que modernizan y hacen vigente una continua capacidad de convocatoria. Pero el «estar al día» del intelectual universitario tiene que hacerse sobre unos esquemas mentales que han sido elaborados muy personalmente, a través de muchas horas de soledad y crítica; y deben ser cambiados, completados o sustituidos también en la soledad del propio pensamiento, sin convocatorias externas, en un esfuerzo del que tantas veces es testigo único la propia persona. No es de extrañar que a lo largo de cualquier otra actividad política, empresarial, social, que el universitario en ejercicio emprenda, tenga siempre listos recambios de ideas, reservas de energías, capacidad dialéctica; cara externa y a veces brillante, de lo que ha sido y es íntima y dura labor de asimilación y crítica.

La llamada a la política activa supuso para Florentino Pérez-Embíd la posibilidad de ejercer el fruto de aquella etapa de laboreo. Política que engancha al hombre por su puro instinto de mando y creación, y que tiene que ser moderada por una consciente voluntad de servicio. Que la política no corrompe ni

desvía cuando se encauza, como el lecho de un río, para llevar las aguas que uno transporta pero no posee, que uno conforma pero no inventa. De aquellos años de su actividad política quedaron unas normas desde la Dirección General de Información, plasmadas en el rejuvenecimiento de los ateneos, los festivales de música y danza, las publicaciones culturales, la promoción del libro y las ideas, hasta donde daban de sí unas circunstancias adversas en lo exterior y de quebradizo pulso en lo interno.

Tras un decenio de nuevo trabajo universitario, el tercer ciclo en la biografía sinóptica de Florentino Pérez-Embid se inicia con un gran dolor en esta su tierra sevillana, y con la llamada inmediata al ejercicio de una política activa, de nuevo, en el campo de las Bellas Artes y la Universidad.

La Universidad que en esta ocasión absorbe su esfuerzo es la Menéndez Pelayo de los veranos de Santander, desde la que ha podido vivir la fecundidad de promover cultura en la periferia de las regiones, y la eficacia que tiene una labor de pensamiento liberada de cánones rígidos y programas inmutables.

Pero es sin duda su ingente labor en las Bellas Artes la que ha subrayado en el ámbito nacional la ejecutoria de unos logros e inquietudes absolutamente inéditos hasta su llegada. Quizá por no ser un profesional de las Bellas Artes, sino sólo buen aficionado, ha podido tener la gracia y el empuje precisos para crear desde decenas musicales ya enraizadas en los ciclos anuales, hasta museos, exposiciones, excavaciones arqueológicas, restauración de ciudades monumentales, enseñanzas artísticas, defensa del patrimonio histórico-cultural de España, publicaciones nuevas, destinadas a un público que no acude a los seminarios de los especialistas, pero que es apto para la formación y goce de las artes bellas. Y este trabajo, con el talante inquieto, con prisa ejecutiva y con iniciativas en cadena, al aire de lo que dejó escrito León Felipe con magistral perfil:

*Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa,
ni la losa de los templos,
para que nunca recemos
como el sacristán
los rezos,
ni como el cómico
viejo
digamos
los versos.*

Tiempos éstos en los que los recuerdos empiezan a pesar, en los que el proyecto ya no tiene aquella gozosa impaciencia de los años mozos, sino la ponderación lanzadora que da el haber pasado por un crisol de la-

mentos y exordios, de crítica y creación. Proyectos que han superado la voluntad demolitiva de los enanos agrupados en la mediocridad, y las tentaciones frívolas de los lisonjeadores de oficio.

Llenas las manos de cumplida cosecha, plantado en la meseta de los recuerdos y los proyectos, dispuesto para una nueva llamada a la acción y el riesgo, en el momento justo de ser acogido en esta Academia, cenáculo de equilibrio, de ideas, de inquietudes matizadas y de charla fecunda.

Academia que te llama, entre otras cosas, para el ejercicio importante de aquella actividad tan humana que dejó escrita un poeta puro y desgraciado:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

(Discurso de contestación al de ingreso de Florentino Pérez-Embid en la Real Academia Sevilla de Buenas Letras, 21 de marzo de 1974.)

II

MAÑANA se cumplirán nueve meses que en ocasión ilusionada —la de su ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras— terminaba mi discurso de contestación a Florentino con la estrofa de un poeta puro y desgraciado:

A las aladas almas de las rosas...

Había —hoy bien lo sé— en este saludo augural un presentimiento trágico, un inmenso dolor acurrucado, como el del propio Miguel Hernández en la elegía por aquel su amigo, que se le había muerto como el rayo. Se ha cortado definitivamente el largo diálogo prometido, y el Ateneo nos convoca para hablar de muchas cosas de un sevillano irrepentible, que era para mí carne, alma de mi alma, desde más de treinta años atrás. Yo sé —todos sabemos— que hablar de él es uno de los homenajes más gratos a su memoria; de los que él hubiera aprobado.

La presidencia del Ateneo me asigna el aspecto cofrade de Florentino, y a ella me someto, en la certeza de que la abundante personalidad de nuestro amigo ha de desbordar la contemplación de sólo una vertiente para derramarse en una evocación de su persona, su estilo, su espíritu. Fácilmente se distinguen, en su relación con las cofradías, las tres etapas de su vida: la juvenil, la de sus años de luchas y logros en

Madrid, y la última de madurez fecundísima. Nunca fue Florentino «capillita», ni hombre de una sola cofradía por enamorado de la esencia espiritual y el resultado estético que abarcaba a todas. Y es un secreto a voces su entusiasta preferencia por la Macarena y el Cachorro —así, en su denominación popular— en las imágenes, y por la madrugada del Viernes Santo en el goce callejero de la contemplación. Nunca en su etapa primera y tercera faltó a la cita de la madrugada, y muy pocas veces en los años más duros de su quehacer pudo ser retenido fuera de Sevilla en esas horas.

La Sevilla pobre de los años cuarenta, monumental e insigne, pero todavía metrópoli campera, pueblo grande con barrios y con cal, con esquinas y jazmines, fue marco de nuestras impaciencias cuando las primeras ráfagas perdidas de azahar anunciaban la cercanía de la Semana Santa. Las tareas académicas —él, joven profesor; yo, estudiante— nos dejaban libres las tardes para el lento callejeo preparatorio de septenarios y ensayos, de alegres descubrimientos en las vísperas más puras y ahondadas; tantas veces plataforma de proyectos que se enredaban en largas charlas nocturnas por una ciudad toda nuestra, amoldada a la medida de nuestros sentidos, carburante para un ágil crecimiento de ideas, serenada por esos diapasones de silencios fecundos y entrañables. Tiempos de nuestros primeros versos en el alma, aquellos que no necesitan sino la íntima asistencia del amigo, para cuajar en estremecimiento y salmo.

Desde la alegría de la expectación, toda una quincena de apresurada cosecha de emociones y citas, de acompañar a los pasos por nuestras calles predilectas, de entradas recoletas y tardías... hasta la despedida en la plaza de San Lorenzo, con la Soledad de Joaquín Romero Murube en la noche del Viernes Santo. Después, como esos amantes que prolongan con nimiedades una separación indeseada, el arrastrar los pies cansados por un camino de vuelta hasta la plaza Nueva, pasando por San Martín y el angostillo de San Andrés, para cerrar, con la Sevilla más simple, una semana de intimidad y exaltación.

Los largos años tensos de su segunda etapa madrileña coincidieron con mi propio exilio de aprendiz y opositor. Nuestras forzosas ausencias en la Semana Santa, quizá con alguna escapada corta y apasionada. Tiempos de precoz nostalgia, y de un decidido «... pero el año que viene». Tiempos para un proceso de recreación interior, de una Sevilla que ya iba despegándose y creciendo. Era fácil la evocación: todos los sentidos participaban en la emoción estética de presenciar una cofradía por las calles bien seleccionadas. Acontece, que los acondicionamientos del urbanismo moderno hacían que muchas veces nos adentráramos en nosotros mismos para resucitar imágenes antiguas en las que había menos neón, menos luminosos atrayentes, menos calzadas, menos coches apar-

cados. Pero todo esto no era más que periferia en el recuerdo, pues el «paso» seguía centrando el perfecto logro del volumen artístico, y junto a él —en la memoria de Florentino— seguía existiendo con potencia y presencia la imagen largamente elaborada en la piel y en los ojos de su juventud primera. Tenía pleno convencimiento de que en el momento de la verdad —la Semana Santa— la antigua Sevilla del «paso» a la medida era más poderosa que la desmesura de un crecimiento inarmónico y repentino.

En su tercera etapa —ya saben, las Bellas Artes, su amor por Sevilla, definitivamente desatado— no sólo permaneció fiel a sus andanzas cofradieras de viejo conocedor, sino que se preocupaba con seriedad y brío de todos los problemas de las hermandades. Yo fui testigo de primera fila, y beneficiario, del rescate de la iglesia de la antigua Universidad, y la instalación en ella de la Hermandad del Valle, de la que fue durante cuatro años hermano mayor en la sombra, con mando, gusto, acierto y eficacia. Podemos decir que en gran parte pensaba en esta iglesia, cuando en ocasión, la más solemne para él, dejó dicho: «... pero nunca he estado lejos de Sevilla. Aquí me han alcanzado dolores tremendos, de esos que Dios permite para cada cual a alguna hora. Aquí, en la tierra de Sevilla, esperan la resurrección de los muertos mi madre y mi hermano, la carne que ha sido más próxima a la mía». Aquí, en ese panteón, debe esperar la resurrección de los muertos la carne de quien estuvo tan enamoradamente amarrado a Sevilla. Conseguirlo es para sus amigos tarea de elemental justicia.

En estos últimos años hemos oído de él en público y en privado las cosas que había que hacer, las que no había que hacer, y las cosas que había que impedir a toda costa que se hicieran alrededor de la Semana Santa, las hermandades y las cofradías. Convencido de que las hermandades son el cauce querido por Dios para la espiritualidad del sevillano; y las cofradías, sus cultos y procesiones, la mejor manera de permanecer en el camino cierto de la liturgia, en una época de crisis, confusiones y reajustes no siempre oportunos y sin peligros.

Su influencia en el mundo cofradiero sevillano era una de las partes invisibles de su entrega a la ciudad. Ya hemos oído cómo su oficio era el de historiador universitario, su ambición apasionada la política, su afición predilecta escribir en libro o periodismo, pero su ilusión era Sevilla y todo lo relacionado con ella.

Ninguna duda en este registro, porque además Florentino era la personal más natural, espontánea, sin prejuicios ni respetos humanos que he alcanzado a conocer, tanto en la confesión de sus flaquezas y aprensiones como en el planteamiento y ejercicio de sus afectos. Ninguno de más grado y dedicación que Sevilla, a la que aplicaba de manera constante y preferente su personalidad rica y compleja.



Entrega de la Medalla del Ateneo de Sevilla. Junio 1970.

Por norma inclinado a la dialéctica, a la discusión clara y honrada de puntos de vista adversos hasta llegar a la verdad si era posible, o a la razón válida si la verdad no entraba en juego. Lo importante era conseguir una conclusión sin retórica tanto en lo artístico, lo político o lo universitario, y alcanzada la conclusión tomar gallardamente la responsabilidad de gestionarla, defenderla o combatirla. Pudiendo ser un excelente teórico, renunció a esa especie de narcisismo inútil del descanso para ser hombre de realidades discurridas.

Engañosa ductilidad para quien fiara en una abundante capacidad de comprensión; su jerarquía mental no admitía el desorden y por eso sus colaboradores y amigos descubrían alguna vez que toda aquella complacencia en el discurrir y en el hacer tropezaba de repente con un muro de solidez insospechada. Era que se había llegado a los principios, y en éstos Florentino era absolutamente inmovible.

El periodismo que ejerció siempre obedecía a una línea docente y estética, al servicio de ideales políticos y sociales vertebrados en patriotismo, o en homenaje o defensa del patriotismo de nuestra cultura, en tiempos adversos por su materialismo de vuelo rasante. Periodismo impaciente. Cuántas veces una conversación, un tema, una noticia, eran glosados y exprimidos al día siguiente en un artículo crecido en la intimidad de la noche. Las ideas había que dejarlas escritas y sus consecuencias proyectadas en un estilo terso, directo y fluido en el que a veces la bella retórica era buen vasallo de un buen señor. Jamás la retórica como complacencia o evasión. En el artículo periodístico, de actualidad generosa y corta, quedó definitivamente plasmado el binomio eje de su norma moral: inteligencia estética y bondad inteligente. Así como su agudo instinto para avisar de peligros, que antes de desencadenarse en acción tienen una dinámica de ideas propiciadoras.

Sí; en política se confesaba monárquico y demócrata al uso de las maduras democracias europeas. Pero sus compañeros de siempre bien sabíamos que lo que gustaba ejercer era un despotismo ilustrado en la mejor línea del mejor Carlos III, quizá la más segura y fecunda para este país nuestro, bronco y radical. Despotismo ilustrado que es servicio, que él vivía en plenitud como servicio, que de otra forma fuera fea y crudamente despotismo.

El intelectual con mando no ha hecho felices a los pueblos, porque no ha puesto sus saberes al servicio del bien común, sino que ha utilizado la preeminencia en doctrina y granjería. Florentino supo hasta medidas extremas someter su alta condición intelectual a la conveniencia del país, del arte, de la verdad.

Su estilo, terso, limpio. En los adentros del alma su fuerte inclinación poética, demostrada en la promoción de obras y empresas positivas. Hace muchos años fue el promotor del centenario de san Juan de la Cruz, reservándose para sí nada menos que el tema del aire en su poesía, el mantenimiento en su Editorial Rialp de la colección «Adonais», la de más larga andadura por el incierto mundo de las publicaciones poéticas; su prosa de los artículos literarios, en los que siempre hay un párrafo, un giro, una imagen que transmina la esencial poesía de un sentimiento o una adivinación. Yo recuerdo, cuando preparaba su discurso de aceptación de la Medalla de Oro de Sevilla, la búsqueda de tres citas, precisamente de tres poetas sevillanos o entroncados en Sevilla; que sólo los poetas le podían servir de apoyatura en trance de tanta alegría y compromiso.

Era un gran aficionado a la poesía, con la pureza, el rigor, el buen gusto y la exigencia de todo aficionado; porque se puede y se debe ser poeta, pero no profesional de la poesía. También recuerdo —porque la noche, amigos, va de recuerdos— un atardecer de otoño en la campiña en silencio de Carmona en que formamos el proyecto, para cuando los años nos dejaran sin apremios, de ir escribiendo un libro de poemas en prosa sobre Sevilla íntima, en la línea del *Ocnos*, de Cernuda, en el que podríamos ir vertiendo nuestros recuerdos emocionales y estéticos para una generación que no tuvo la dicha de asomarse a la Sevilla en paz. Y hoy ese proyecto me duele como un cuchillo que no acabo de sacarme.

A un hombre se le conoce a fondo por el temario de sus conversaciones. En lo coloquial, los temas de Florentino giraban, con todas sus posibles variantes, acerca de política, arte, historia, viajes y Sevilla. En la estricta intimidad del coloquio, sus temas eran la amistad, los amigos, los proyectos, la juventud, la poesía, la vida, pocas veces la muerte... y Sevilla. No me resisto a que le recordemos en su definición de Sevilla cuando nuestro alcalde le impulso la Medalla de la Ciudad hace ahora tres años: «Sevilla, amigos, es

una de las magnas capitales del arte y de la cultura de España. Pero es mucho más. Ha sido durante siglos, y sigue siendo por el peso de la Historia, una de las más egregias metrópolis de Europa. Dicho en otras palabras: uno de los más difíciles equilibrios urbanos que ha logrado realizar el espíritu de Occidente.»

Para proteger este espíritu de Occidente, y por profesar con lucidez dolorosa que los problemas de la convivencia española no tendrían remedio sin una remoción inteligente y a fondo de la infraestructura de las gentes, es por lo que defendía en los últimos meses la necesidad y urgencia de un Ministerio de Cultura. Porque conocía de ideas y de intención a todos los que eran de primera y segunda división en el campo de la cultura y la política española, y se sentía en el deber de convocarlos por aquello que los unía, capaz de romper o de quitar la espoleta a aquello que los separaba. Murió en el empeño.

Curiosidad, una curiosidad inagotable por los nuevos hombres de Sevilla: su talante, sus posibilidades, sus ideas, su bondad, su capacidad de agregación; y de ellos, de los mejores, quería su amistad.

Florentino era un hombre vertido a la amistad. Pero no a la pura amistad como comercio del espíritu, sino a la amistad vehículo entrañable de cariño. Porque era hombre menesteroso de afecto. «Yo lo que quiero es que la gente me quiera», era su desahogo favorito, y por eso la traición para él no era un azar del juego por el poder o la preeminencia, sino una fractura honda del manantial de su vida.

Pasión por la vida. Por gastarla en intensidad, plenitud y extensión. Difícilmente podíamos llevar la conversación al tema de la muerte. «Con el instinto oscuro del animal, del árbol, de la piedra, tengo miedo a la muerte», y él tenía miedo a la muerte, a «ese pozo sin fondo aunque esté Dios atrás». Y por eso la suya nos llena de tristeza, de dolor. Porque la muerte es triste nos recuerda el Prefacio de Difuntos, y la muerte de un amigo hizo llorar a Jesús; como dejación, como abandono, como un brusco arrancarse de todo lo querido. Él podía suscribir letra por letra el desgarrado verso de Foxá:

*Y pensar que después que yo me muera
aún surgirán mañanas luminosas,
que bajo un cielo azul, la primavera,
indiferente a mi mansión postrera,
encarnará en la seda de las rosas.
Y pensar que, desnuda, azul, lasciva,
sobre mis huesos danzará la vida,
y que habrá nuevos cielos de escarlata,
bañados por la luz del sol poniente,
y noches llenas de esa luz de plata,
que inundaban mi vieja serenata,
cuando aún cantaba Dios, bajo mi frente.*

Su humanismo era más visible y derramado en los últimos años, en los últimos meses. Quizá la soledad cósmica y conflictiva de la cincuentena del hombre. Quizá la inaguantable tensión entre el ansia de belleza (que era el segundo de los valores de su escala y que estaba representada por Sevilla) y su pasión y convocatoria a la lucha en Madrid para intentar salvar los mimbres permanentes de una continuidad política. Con certeza, su lucha en tantos frentes: con los triglicéridos y los continuos avisos de su miocardio, con su deseo y su vocación, con sus afines en la política y sus adversarios en la convivencia, con sus temores hacia el futuro y su prisa por conjurarlo, con sus proyectos en cadena y el tiempo para ponerlos de pie. Demasiado, demasiado para un hombre lúcido y vulnerable, y para un corazón que se quedaba al borde del ritmo de sus pasos.

Todos somos un poco más pobres con su muerte. Todos hemos perdido algo. Yo sé decir de mí que el hueco suyo no será rellenado, y que sólo me cabe el consuelo que al pasar de los años —Dios sobre todo— pueda decir a mis hijos y a los hijos de mis hijos, paseando por la ciudad de sus amores: «Mira, esa iglesia, esa casa, esa espadaña la conservó para tí un amigo mío, ese amigo que todos soñamos llevar clavado en el alma, y yo lo tuve.»

(Discurso en la sesión necrológica organizada por el Ateneo de Sevilla, 20 de enero de 1975.)

III

EL año pasado la Hermandad de Valle dedicó su almuerzo del Viernes de Dolores a Pérez-Embid, que la tarde antes había sido recibido de hermano. Este año, la misma hermandad, establecida en la iglesia de la Anunciación (calle Laraña), dedica su ejercicio ascético y concierto sacro de las Siete Palabras en el mediodía del Viernes Santo a su memoria, su recuerdo, su espiritual compañía entrañable. Y creo que pocos actos están más cerca de su enorme capacidad de amor que éste —vértice de la Semana Santa— que une intimidad, amor y trascendencia de la muerte. Ahora que ya no está con nosotros, se impone el recuerdo de Florentino en tantos años, tantos, de su presencia cofradiera.

En el viernes más alto de nuestra liturgia, en la iglesia tan «suya» por razones de biografía universitaria y talento y brío de restaurador, siete antiguos pregoneros amigos suyos van a orar por él, a recordarlo, a quererlo, con los dos medios más humanos, más nobles: la palabra y la música. Acompañaremos desde nuestra soledad chica la inmensa soledad reden-

tora, y buscaremos —en un mundo que se descompone en alarido y trueno— el permanente valor del diálogo caliente, humilde, dolorido y espontáneo.

(«ABC», Sevilla, 27 de marzo de 1975.)

IV

EN estas fechas se cumple un año de la muerte de Florentino Pérez-Embid. Bueno es que todos los sevillanos que le quisimos, y todos aquellos sevillanos que se han beneficiado de su gestión, en defensa del patrimonio de la ciudad, volvamos a tomar conciencia de la enorme pérdida que sufrimos. Yo, la insustituible de un amigo. De esos pocos amigos que la vida regala y la vida se lleva, en la coyuntura de mayor identificación y proyectos.

Precisamente el dolor grande y específico del que queda, después de la muerte, en el taladro activo del «nunca más». Ese «nunca más» que nos agolpa de emoción la garganta cuando pensamos en proyectos definitivamente rotos, en emociones irrepetibles o en charlas imposibilitadas por el silencio. Ya nunca más su voz perentoria, llena de energía y de ternura, diciéndonos reconvencciones o invitándonos a marchar por caminos dialécticos distintos. Ya nunca más el gozo, la tristeza, el cansancio o la impaciencia de su mirada aguda. Ya nunca más el contacto de su cercanía en las calles conocidas y transitadas de una Sevilla que aún sabíamos buscar en su intimidad. Ya nunca más el pasar de las horas en las largas noches alrededor de recuerdos comunes o en galopada de futuras empresas llenas de detalles y muchas veces de ingenuos adjetivos. Ya nunca más su presencia, su tacto, su calor, su sonido, su emoción con nosotros. Todos nuestros sentidos huérfanos de su aire.

Como si en este año pasado las circunstancias hubieran querido hacer más desnuda la desolación de la pérdida, hemos visto desaparecer las dos personas hacia las que él guardaba un largo cariño y una lealtad sin fisura. El padre Escrivá, fundador del Opus Dei, con el que le unía no sólo una filiación cariñosa y voluntaria, sino una comunidad de almas. Y de otra parte la muerte del General Franco, para él, en frase textual, «el capitán de mi juventud»; por encima de posibles evoluciones en el pensamiento, de posibles necesidades de reajustes políticos, «el capitán de su juventud» era un testimonio de que esa juventud podía ir tomando fuerza renovada. No puedo impedir el pensamiento de que él, que gozaba de una enorme capacidad de adivinación, un poder intuitivo realmente superior en ocasiones a su fuerza de raciocinio, tenía ya el palpito de esta doble e inminente orfandad.



Apertura de curso del Ateneo de Sevilla. 27 noviembre 1971.

Y esto afilaba todavía más una sensibilidad receptiva, que en algunos momentos era frágil como el cristal.

Se calaba con más hondura en los entresijos de su pensamiento y sentimiento y de su corazón —siempre fue unido pensamiento y sentimiento en la personalidad de Florentino— en las charlas nocturnas. Recuerdo tres momentos muy lejanos en el tiempo, en que a través de estas largas horas de la noche hacíamos recuentos o proyectos de lo que muchas veces iban a ser logros de su eficaz gestión, o de lo que él, conscientemente, sabía que iban a quedarse en imposibles sueños, irrealizables y bellos. Por los años 40, en circunstancias de aislamiento y dificultad, en los largos atardeceres malvas de pinos oscuros, orillas al Atlántico, paisajes rabideños con pálpitos de América, cuando la noche nos sorprendía en suave tránsito de la tarde prolongada, muchas y muchas horas estuvimos pensando en itinerarios personales de dedicación universitaria, social, apostólica y patriótica, iluminados por citas de versos, y muchas veces estre-

meadas por afanes de impaciencia. Eran veladas de conocimientos entrañables y adentrados que cimentaron de una vez por todas esta amistad sostenida por lustros de aceros.

Más cercano en el tiempo, en el año 71 —director general de Bellas Artes—, en otra larga noche, en las estrechas calles y sorprendentes plazoletas de Bayona, en Galicia, puerto de arribada precisamente de aquella expedición descubridora de Cristóbal Colón, que evocábamos tantas veces en La Rábida, fue nuestra conversación apasionada sobre los momentos presentes de España, y el futuro inmediato dentro de un contexto político y real, que exigía la superación de particulares proclividades de pensamientos para convocar una empresa común, lúcida y consciente, hecha de renunciaciones parciales en aras a salvaguardar una unión vertebrada en principios absolutamente indiscutibles, en los que siempre coincidíamos.

De una última conversación por las calles sevillanas, cuando no ejercía cargo directamente adminis-

trativo, estaba, sin embargo, constantemente ocupado en uno de los problemas que más le inquietaba: Sevilla, ¿cómo no?, la pasividad de tantos de sus habitantes, el abandono casi corporativo de muchas de sus esencias, también los logros difícilmente alcanzados, pero definitivamente impuestos de algunas de sus bellezas, y la difícil integración urbanística de una ciudad orgullo de Occidente, que tiene que incorporarse al ritmo inevitable de la actual civilización, pero conservando puro y presente el testimonio de muchos siglos bajo los pies de su historia. Sevilla en su pasión, el porvenir político de España, en su intensísima preocupación, fueron sujetos de las más largas horas de coloquios en las últimas charlas nuestras.

A Florentino Pérez-Embid, en sus dos Direcciones Generales, la de Información y la de Bellas Artes, le tocó vigilar la cultura en tiempos de máxima restricción de pensamientos e ideas, y salvar las Bellas Artes en otros tiempos en donde estaban realmente como la Cenicienta de la Administración pública, cuando significaban en la cara de España una serie ininterrumpida de cicatrices y testimonios de un altísimo valor histórico-artístico y de bienes de cultura. Ambas tareas en circunstancias bien distintas, menesterosas de un hombre de talento, de energía, de capacidad, de decisión, y hecho a saltar, cuando era necesario, trabas administrativas en persecución de un bien que él sabía no admitía espera.

Quizá este aspecto, más visible y más comunicado por todos los medios de información, nos haya hecho olvidar un tanto su dedicación de por vida a la Universidad y sus entornos, haya hecho relegar a un segundo plano injusto su enorme labor en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y su muy importante trabajo en las cátedras en las que desempeñó su oficio: tanto en Sevilla como en Madrid.

Y es momento en que esta dedicación universitaria, junto con su enorme valor en pro de la cultura y de las bellas artes, se cristalice en algo más que recuerdo, nostalgia y pena. Todos los sevillanos le somos deudores de un permanente homenaje, que yo creo que podríamos sintetizar en tres ambiciones concretas, a las que debemos dedicar nuestro esfuerzo y gestión.

El actual edificio de la Escuela de Bellas Artes, en la calle Laraña, sujeto de posible discusión en cuanto a su volumen, a su estética o a su realización, es indiscutible que se trata de una obra personal de Florentino Pérez-Embid, tanto en la retención del

antiguo inmueble como en la ejecución de la actual Escuela. De otra parte, es pensable que no dispusiera hoy Sevilla, vinculada a sus edificios universitarios de esta Escuela de Bellas Artes. Creo que es el momento de que nos propongamos, y a corto plazo, el colocar en uno de los dos patios conservados por voluntad expresa de Florentino (yo escogería el pequeño patio de la antigua Facultad de Filosofía y Letras), un busto de su cabeza —«tenía una espléndida cabeza de patricio romano»—, con una sencilla inscripción que recordará a las promociones juveniles que ese edificio se debe a la gestión personal, al talento y al empeño de un sevillano singular que se llamó Florentino Pérez-Embid.

Hay, por otra parte, un acuerdo municipal para poner nombre de Florentino Pérez-Embid a la plazuela de San Andrés. Hasta donde sabemos, ese acuerdo no ha sido revocado, pero tampoco cumplido. Sería de desear la promoción, siguiendo el ejemplo de la calle de la Pimienta, que perpetúa en bellos azulejos la memoria de don José Sebastián Bandarán, de esto que ya empieza a ser un silencio administrativo de injusto olvido.

Y, por último, la iglesia de la antigua Universidad de la calle de Laraña. Es también un regalo para los sevillanos, hecho muy de mano directa de Florentino Pérez-Embid, así como el panteón de sevillanos ilustres. En ese panteón de sevillanos ilustres debe de esperar la resurrección de los muertos, los restos de lo que fue en vida la dinámica personalidad de Florentino. A todos nos consta, y él lo dejó claramente expreso en su discurso de imposición de la Medalla de Oro de la ciudad de Sevilla, que es en esta tierra de Sevilla en donde, junto con sus seres más queridos, su madre y su hermano, él desearía esperar el día glorioso de la resurrección de su cuerpo. No está establecida la normativa que ha de regir la ubicación de los sevillanos ilustres en este panteón. Es el momento, por tanto, de que la Junta de gobierno de la Universidad de Sevilla pueda tomar de forma excepcional el acuerdo de solicitar el traslado de los restos de Florentino Pérez-Embid a ese panteón de sevillanos ilustres, hecho directamente por su iniciativa y bajo su dirección.

Tres homenajes a su memoria, que no son más que una sola justicia.

(«ABC», Sevilla, diciembre de 1975.)